

**Noviembre 29, 2000**

**Ruber Carvalho: Un Pura Sangre y “La Mitad de la Sangre”**

**Por Agustín Saavedra Weise**

He terminado recientemente la lectura del último libro de mi buen amigo Ruber Carvalho, un verdadero “pura sangre” intelectual y a la par que agradezco la generosa dedicatoria, debo reconocer que “La Mitad de la Sangre” me ha encantado. Es una novela que francamente recomiendo a los amigos lectores; se trata de una de las mejores y más entretenidas narrativas sobre el hombre de la llanura boliviana y su entorno.

Me acabo de enterar de que la primera edición ya está prácticamente agotada y es inminente el lanzamiento de la segunda. Bien por Ruber. Se merecía esta acogida del público y no solamente por sus propios méritos personales, sino también por la calidad intrínseca de la obra.

El personaje central, Juan de Dios Montero, es pintado magistralmente en el ambiente de fines del Siglo XIX y principios del Siglo XX, cuando la explotación de la “hevea” –o siringa gomera– estaba en su pleno esplendor. Intrépidas expediciones y conquistas, farras, mujeres, crímenes, viajes e intrigas, nos van tejiendo el carácter del típico “gamonal” de la época, con sus fortalezas y debilidades. A su alrededor pululan otros personajes no menos interesantes. La novela “agarra”, llega un momento en que uno no puede –literalmente– soltarla.

Son tres generaciones de Montero las que transcurren a lo largo del relato, relato que termina prácticamente en nuestros días, en estos días de la tan cacareada “globalización” y de la no menos vocinglera “revolución informática”.

Al final del libro y luego de su dramática culminación, queda una cuarta generación Montero viva, la que bien podría darle al autor el hilo conductor para una futura secuencia, si se anima –como estoy seguro lo hará– a continuar su magistral saga.

A lo largo del tiempo que cubre el trabajo, el contexto de una Bolivia empobrecida por la ineptitud casi perenne de sus gobernantes, aislada entre si por la falta de comunicaciones y desangrándose en conflictos internos mientras su extenso y descuidado territorio es mutilado por obra de malos tratados o guerras perdidas, funge como dramático telón de fondo. Todo ello, en el marco de una cuidada prolijidad y sin

ditirambos ni juicios de valor peculiares; simplemente como verdad objetiva, como verdad trágica que marca el paso del mundo de vidas, tiendas y haciendas que desde los –entonces olvidados– llanos orientales bolivianos, sirve de raíz temática para contarnos la historia de una familia, de un pueblo y de una nación a lo largo de tres épocas consecutivas.

He podido percibir en la narrativa sobre Esteban –nieto de Juan de Dios– ciertas similitudes con situaciones y circunstancias que la generación que ya pasó la cincuentena ha vivido directamente. Es más, me atrevo a pensar que inclusive algunas vivencias directas de Ruber han servido para cincelar el personaje.

Como muy bien señala el autor mediante una inmortal cita de Borges, “Sólo una cosa no hay. Es el olvido”. Y nadie, ciertamente, olvidará esta genial novela costumbrista que fervientemente los invito a leer

-----0000-----